

# NOVELAS CHILENAS

“La primera observación de carácter general que puede desprenderse de la lectura de estas 73 novelas—dice don Carlos Silva Villdósola en su interesante carta a la señora Ortúzar de Blasco Ibáñez, publicada en “El Mercurio” del 12 del presente, a propósito del concurso de novelas cortas—es la preferencia de los escritores por los asuntos campesinos. La mayor parte sitúa la acción en los fundos del valle central, en asentos mineros, en los bosques del sur, en las costas solitarias, en las aldeas muy apartadas. Se me ocurre que sólo hallan color y carácter nacional en las costumbres campesinas. Aman las descripciones de paisajes. No se cansan de la cordillera”. En estas consideraciones está encerrada la síntesis crítica de todo un programa literario que desde hace tiempo vienen desarrollando nuestros escritores.

En general, los novelistas chilenos han buscado su ambiente y sus tipos en el campo. Desde los primeros intentos tímidos de novela, el ambiente campesino ejerció una viva atracción. Sólo que no fue interpretado ni sentido con la fuerza con que hoy lo hacen algunos escritores. Es cierto que a Blest Gana no le interesó mayormente el campo; sólo mucho más tarde, en las postrimerías del siglo XIX y comienzos del XX, surgieron los verdaderos descubridores del paisaje, es decir, los intérpretes de esa realidad que llena casi toda el área del territorio. Novelistas de ciudad ha habido pocos. ¿Puede por esto, pensarse que la ciudad no ofrece a los novelistas temas dignos de ser analizados? Cuesta creerlo. Hasta hoy, las grandes novelas de América, con raras excepciones, han surgido de ambientes asperos y primitivos. El fenómeno de la atracción de naturaleza es, por tanto, no sólo privativo de Chile, sino de todos los países del continente sur, en el que la naturaleza agobia el tipo y lo reduce a las proporciones de un simple accidente, dominado por las leyes brutales de la tierra. Influyen en este fenómeno, circunstancias diversas. Sobre todas ellas, la inmensidad de las extensiones camperas y el duro y continuo esfuerzo del hombre por conquistar la tierra, que sólo muy lentamente acaba por entregarse.

En los países de América, la obra de civilización, de señorío, ha sido lenta y difícil. La ciudad no ha logrado imponer su dominio absoluto sobre el campo y en algunas regiones, puede decirse, que no lo ha logrado aun. De suerte que el individuo que se recoge a vivir en las tierras salvajes o que se dirige hacia ellas para conquistarlas, crea, sin él quererlo, una verdadera epopeya en la que viene a ser el héroe, algunas veces vencedor, en otras, vencido por fuerzas superiores a su voluntad y capacidad. La tierra no se somete enteramente a la ciudad que, por lo demás, en estos países suele quedarse en aldea, casi borrada por los bosques, por los arenales hostiles o por sus cordilleras, siempre presentes y dominadoras. Subsisten, pues, en esas tie-

rras incultas, tipos que el novelista va a buscar para aprisionarlos entre las páginas de sus cuentos. De paso, tropieza con el paisaje, que le cierra el camino, lo envuelve y lo aplasta. El paisaje está virgen; hosco, bravío. Cejijunto o límpido. La civilización no lo ha dominado como en los países de Europa, en los que la tierra se encuentra ya vencida, modificada, convertida en esclava del campesino innumerable.

A pesar de estas consideraciones de carácter general, que pudieran parecer destinadas a justificar la existencia de escritores puramente “campesinos”, no es lógico ni es posible olvidar los conflictos de la ciudad. Tampoco es posible creer que sólo el campo contenga la médula para la creación novelesca. El campo tiene sus tragedias como las tiene la ciudad. Y no es que se trate de imitar los conflictos psicológicos en que abundan los novelistas europeos. La ciudad americana ya formada, con área y latido de gran ciudad, junto con absorber o imitar la civilización europea, ha creado magníficas sugerencias y luchas propias que no han sido noveladas. En buena cuenta, la ciudad está virgen, en América. Virgen, en Chile, digamos con más propiedad, aun cuando algunos novelistas han abierto ya, con libros fundamentales, caminos de firme exploración. La supervivencia del elemento criollo, aun en sus mezclas tardías con elementos de otras razas europeas, ha dado origen a una serie de transformaciones esenciales, pintorescas o trágicas, dignas de convertirse en la sustancia de grandes novelas. Con la transformación cada vez más violenta de las costumbres, han surgido, colocados en su medio, de tan pura fisonomía criolla, tipos y pasiones de fuerte intensidad. Importa para el arte, la belleza de la creación o la energía con que se someta la vida a creación novelesca. En seguida, la sugestión que enciende en el espíritu de los lectores, la exposición de los conflictos sociales o psicológicos, que los países de la América del Sur, viven y padecen, casi desde su independencia. En Chile, sus períodos históricos de más recia inquietud, carecen de novelador. La vida presente es un estímulo constante para el escritor, porque la observación, cada vez más penetrante de su medio y de sus costumbres, le señala la urgencia de aprisionar en páginas de creación, los innumerales problemas que suscita, a pesar de todos y de todo, la lucha por la vida.

El campo y la ciudad no se excluyen para el arte, puesto que cada grande obra de creación, crea así mismo, medios propios y característicos, destinados a perfeccionar el medio en que surgen. Representan modalidades de la vida ambiente; son expresiones de la tierra que les da vida y ayudan, por lo tanto, a un conocimiento más cabal y profundo de la nacionalidad.